

El señor cura y el vicario, al oír la bulla, entraron corriendo, y no sabían á quién atender, si al apoplético ó á la histérica, pues ambos estaban privados. La señora, ya medio colérica, me dijo:—Déjese usted de latines, y vea si cura ó no cura á mi marido. ¿Para qué me dijo, cuando entró, que no era cosa de cuidado y me aseguró que no se moría?—Yo lo hice, señora, por no afligir á usted, le dije: pero no había examinado al enfermo *methodice vel juxta artis nostrae praecepta*, esto es, con método ó según las reglas del arte; pero encomiéndese usted á Dios y vamos á ver.

Primeramente que se ponga una olla grande de agua á calentar.—Eso sobra, dijo la cocinera.—Pues bien, maestro Andrés, continué yo; usted, como buen flebotomiano, déle luego luego un par de sangrías de la vena cava.

Andrés, aunque con miedo y sabiendo tanto como yo de venas cavas, le ligó los brazos y le dió dos piquetes que parecían puñaladas, con cuyo auxilio, al cabo de haberse llenado dos porcelanas de sangre, cuya profusión escandalizaba á los espectadores, abrió los ojos el enfermo, y comenzó á conocer á los circunstantes y á hablarles.

Inmediatamente hice que Andrés aflojara las vendas y cerrara las cisuras, lo que no costó poco trabajo, tales fueron de prolongadas!

Después hice que se le untase vino blanco en el cerebro y pulsos, que se le confortara el estómago por dentro con atole de huevos y por fuera con una tortilla de los mismos, condimentada con aceite rosado, vino, culantro y cuantas porquerías se me antojaron; encargando mucho que no lo resupinaran.

—¿Qué es eso de resupinar, señor doctor? preguntó la señora. Y el cura sonriéndose le dijo:—Que no lo tengan boca arriba.—Pues tatita, por Dios, siguió la matrona, hablemos en lengua que nos entendamos como la gente.

A ese tiempo ya la niña había vuelto de su desmayo y estaba en la conversación: y luego que oyó á su madre, dijo:—Sí, señor, mi madre dice muy bien; sepa usted que por eso me privé endenantes, porque como empezó á rezar aquello que los padres les cantan á los muertos cuando los entierran, pensé que ya se había muerto mi padrecito y que usted le cantaba la vigilia.

Rióse el cura de gana por la sencillez de la niña y los demás lo acompañaron; pues ya todos estaban contentos al ver al señor alcablero fuera de riesgo, tomando su atole y platicando muy sereno como uno de tantos.

Le prescribí su régimen para los días sucesivos, ofreciéndome á continuar su curación hasta que estuviera enteramente bueno.

Me dieron todos las gracias, y al despedirme, la señora me puso en la mano una onza de oro, que yo la juzgué peso en aquel acto, y me daba al diablo de ver mi acierto tan mal pagado; y así se lo iba diciendo á Andrés, el que me dijo:—No, señor; no puede ser plata sobre que á mí me dieron cuatro pesos.—En efecto, dices bien, le contesté. Y acelerando el paso llegamos á la casa, donde ví que era una onza de oro amarilla como un azafrán refino.

No es creíble el gusto que yo tenía con mi onza, no tanto por lo que ella valía, cuanto porque había sido el primer premio considerable de mi habilidad médica, y el acierto pasado me proporcionaba muchos créditos futuros, como sucedió. Andrés también estaba muy placentero con sus cuatro duros, aun más que con su destreza; pero yo, más hueco que un calabazo, le dije:—¿Qué te parece, Andresillo? ¿Hay facultad más fácil de ejercitar que la medicina? No en balde dice el refrán que de médico, poeta y loco todos tenemos un poco; pues si á este poco se junta un si es no es de estudio y aplicación, ya tenemos un médico consumado. Así lo has visto en la famosa curación que hice en el

alcabalero, quien si por mí no fuera, á la hora de esta ya habría estacado la zalea. En efecto, yo soy capaz de dar lecciones de medicina al mismo Galeno amasado con Hipócrates y Avicena, y tú también las puedes dar en tu facultad al protosangrador del universo.

Andrés me escuchaba con atención, y luego que hice punto, me dijo:—Señor, como no sea todo en su merced y en mi *chiripa*, no estamos muy mal.—¿A qué llamas *chiripa*? pregunté. Y él muy socarrón me respondió:

—Pues *chiripa* llamo yo una cosa así como que no vuelva usted á hacer otra cura ni yo á dar otra sangría mejor. A lo menos yo, por lo que hace á mí, estoy seguro de que quedé bien de *chiripa*, que por lo que mira á su merced, no será así, sino que sabrá su obligación.

—Y como que la sé, le dije. ¿Pues y qué, te parece que esta es la primera zorra que desuello? Que me echen apopléticos á miles, á ver si no los levanto en el momento, *ipso facto*, y no digo apopléticos, sino lazarinós, tiñosos, gálicos, gotosos, parturientas, tabardillentos, rabiosos y cuantos enfermos hay en el mundo. Tú también lo haces con primor; pero es menester que no corras tanto los dedos ni profundices la lanceta, no sea que vayas á trasvenar á alguno, y por lo demás, no tengas cuidado, que tú saldrás á mi lado no digo barbero, sino médico, cirujano, químico, botánico, alquimista, y si me das gusto, y sirves bien, saldrás hasta astrólogo y nigromántico.

—Dios lo haga así, dijo Andrés, para que tenga qué comer toda mi vida y para mantener mi familia, que ya estoy rabiando por casarme.

En estas pláticas nos quedamos dormidos, y al día siguiente fuí á visitar á mi enfermo, que ya estaba tan aliviado, que me pagó un peso y me dijo que ya no me molestara, que si se ofrecía algo, me mandarían llamar; porque este es el modito de despedir á los mé-

dicos pegostes ó pegados en las casas por las pesetas.

Como lo pensé sucedió. Luego que se supo entre los pobres el feliz éxito del alcabalero en mis manos, comenzó el vulgo á celebrarme y recomendarme á boca llena, porque decían:—Pues los señores principales lo llaman, sin duda es un médico de lo que no hay.—Lo mejor era que también los sujetos distinguidos se clavaron y no me escaseaban sus elogios.

Sólo el cura no me tragaba; antes decía al subdelegado, al administrador de correos y á otros que yo sería buen médico; pero que él no lo creía, porque era muy pedante y charlatán, y quien tenía estas circunstancias, ó era muy necio ó muy pícaro, y de ninguna manera había que fiar de él, fuera médico, teólogo, abogado ó cualquier cosa.

El subdelegado se empeñaba en defenderme, diciendo que era natural á cada uno explicarse con los términos de su facultad, y esto no debía llamarse pedantismo.

—Yo convengo en eso, decía el cura; pero haciendo distinción de los lugares y personas con quines se habla; porque si yo, predicando sobre la observancia del séptimo precepto, por ejemplo, repito sin explicación las voces de enfiteusis, hipotecas, constitutos, precarios, usuras paliadas, pactos, retrovendiciones y demás seguramente que seré un pedante, pues debo conocer que en este pueblo apenas habrá dos que me entiendan, y así debo explicarme, como lo hago, en unos términos claros, que todos los comprendan; y sobre todo, señor subdelegado, si usted quiere ver cómo ese médico es un ignorante, disponga que nos juntemos una noche acá con pretexto de una tertulia, y le prometo que lo oirá disparar alegremente.

—Así lo haremos dijo el subdelegado; pero y ¿qué diremos de la curación que hizo la otra noche?

—Yo diré sin escrúpulo respondió el cura, que esa fué casualidad y el huevo juanelo.

—¿Es posible?

—Sí, señor subdelegado; ¿no ve usted que la gordura y robustez del enfermo, la dureza de su pulso, lo denegrido de su semblante, el adormecimiento de sus sentidos, la respiración agitada y todos los síntomas que se le advertían indicaban la sangría? Pues ese remedio lo hubiera dictado la vieja más idiota de mi feligresía.

—Pues bien, dijo el subdelegado, yo deseo oír una conversación sobre la medicina entre usted y él. La aplazaremos para el 25 de éste.

—Está muy bien, contestó el cura. Y hablaron de otra cosa.

Esta conversación, ó á lo menos su substancia, me la refirió un mozo que tenía el dicho subdelegado, á quien había yo curado de una indigestión sin llevarle nada; porque el pobre me granjeaba contándome lo que oía hablar de mí en la casa de su amo.

Yo le dí las gracias, y me dediqué á estudiar en mis librejos para que no me cogiera el acto desprevenido.

En este intermedio me llamaron una noche para la casa de don Ciriaco Redondo, el tendero más rico que había en el pueblo, quien estaba acabando de cólico.

—Coge la jeringa le dije á Andrés, por lo que sucediere, que esta es otra aventura como la de la otra noche. Dios nos saque con bien.

Tomó Andrés su jeringa y nos fuímos para la casa, que la hallamos como la del alcablero de revuelta; pero había la ventaja de que el enfermo hablaba.

Le hice mil preguntas pedantescas, porque yo las hacía á miles, y por ellas me informé de que era muy goloso y se había dado una atracada del demonio.

Mandé cocer malvas con jabón y miel, y ya que estuvo esta diligencia practicada, le hice tomar una buena porción por la boca, á lo que el miserable se resistía y sus deudos, diciéndome que eso no era vomitorio, sino ayuda.

—Tómela usted, señor, le decía yo enfadado; ¿no ve que si es ayuda, como dice, ayuda es tomada por la boca y por todas partes? Así, pues, señor mío, ó tomar el remedio ó morir.

El triste enfermo tomó la asquerosa poción con tanto asco, que con él tuvo para volver la mitad de las entrañas; pero se fatigó demasiado, y como el infarto estaba en los intestinos, no se le aliviaba el dolor.

Entonces hice que Andrés llenara la jeringa, y le mandé franquear el trasero.

—En mi vida, dijo el enfermo, en mi vida me han andado por ahí.

—Pues, amigo, le respondí, en su vida se habrá visto tan apurado, ni yo en la mía ni en los años que tengo de médico he visto cólico más renuente; porque sin duda el humor es muy denso y glutinoso; pero, hermano mío, el clister importa, el clister, no menos que como la salud única á los vencidos, y si no, no hay que esperar más; porque una *salus victis nulla sperare salutem*; y así si con el medicamento que prescribo no sana, ocurriremos á la lanceta abriendo los intestinos y después cauterizándolos con una plancha ardiendo, y si estas diligencias no valen, no queda más que hacer que pagar al cura los derechos del entierro, porque la enfermedad es incurable; según Hipócrates, *ubi medicamentum non sanat, ferrum sanat; ubi ferrum non sanat, ignis sanat; ubi ignis non sanat, incurabile morbus*.

—Pues señor, dijo el paciente, haciéndole bajo sus parientes: que se eche la lavativa si en eso consiste mi salud.—*Amen, dico vobis*, contesté, é inmediatamente mandé que se salieran todos de la recámara por la honestidad, menos la esposa del enfermo.

Llenó Andrés su jeringa y se puso á la operación; pero ¡qué Andrés tan tonto para esto de echar ayudas! Imposible fué que hiciera nada bueno. Toda la derramaba en la cama, lastimaba al enfermo y nada se hacía de provecho; hasta que yo, enfadado de su torpe-

za, me determiné á aplicar el remedio por mi mano, aunque jamás me había visto en semejante operación.

Sin embargo, olvidándome de mi ineptitud, cogí la jeringa, la llené del cocimiento, y con la mayor decencia le introduje el cañoncillo por el ano; pero fuérase por algún más talento que yo tenía que Andrés, ó por la aprehensión del enfermo que obraba á mi favor, iba recibiendo más cocimiento, y yo lo animaba diciéndole:—Apriete usted el resuello, hermano, y recíbala cuán caliente pueda, que en esto consiste su salud.

El aflijido enfermo hizo de su parte lo que pudo (que en esto consiste las más veces el acierto de los mejores médicos), y al cuarto de hora ó menos hizo una evacuación copiosísima, como quien no había desahogado el vientre en tres días.

Inmediatamente se alivió, como dijo; pero no fué sino que sanó perfectamente, pues quitada la causa cesa el efecto.

Me colmaron de gracias, me dieron doce pesos, y yo me fuí á mi posada con Andrés, á quien en el camino le dije:—Mira que me han dado doce pesos en la casa del más rico del pueblo, y en la casa del alcabalero me dieron una onza; ¿qué, será más rico ó más liberal el alcabalero?

Andrés, que era socarrón, me respondió:—En lo rico no me meto, pero en lo liberal, sin duda que lo es más que don Ciriaco Redondo.

—¿Y en qué estará eso, Andrés? le pregunté, porque el más rico debe ser más liberal.—Yo no lo sé dijo Andrés, á no ser que sea porque los alcabaleros, cuando quieren, son más ricos que nadie de los pueblos, porque ellos manejan los caudales del rey, y las cuentas las hacen como quieren. ¿No ve usted que la alcabala que llaman del viento, proporciona una cuenta inaveriguable? Suponga usted del real ó dos que cobran por cada una de las cabezas que se matan en el pueblo, ya sea de toros ó vacas, ya de carneros ó

cerdos, ¿quién les va á hacer cuenta de esto? Suponga usted las introducciones de cosas que no traen guías sino un simple pase por razón de su poco importe, como también los contrabanditos que se ofrecen, en los que se entra en composición con el arriero, y por último, aquellos picos de los granos que en un alcabalarío suben mucho al fin del año, pues si un real tiene doce granos y el arriero debe por la factura siete granos, se le cobra un real, y si entran mil arrieros se les cobra mil reales. Esto me contaba mi tío, que fué alcabalero muchos años, y decía que las alcabalas del viento valían más que los ajustes.

En esto llegamos á la posada; Andrés y yo cenamos muy contentos gratificando á los dueños de la casa; y nos acostamos á dormir.

Continuamos en bonanza como un mes, y en este tiempo proporcionó el subdelegado la sesión que quería el cura que tuviera yo con él; pero si queréis saber cuál fué, leed el capítulo que sigue.

PERIQUILLO SARNIENTO.

Tomo IV. Capítulo primero.

Refiere Periquillo su buena conducta en Manila; el duelo entre un inglés y un negro, y una discusioncilla no despreciable.

Experimentamos los hombres unas mutaciones morales en nosotros mismos, de cuando en cuando, que tal vez no acertamos á adivinar su origen, así como en lo físico palpamos muchos efectos en la naturaleza y no sabemos la causa que los produce, como sucede hasta hoy con la virtud atractiva del imán y con la eléctrica: por eso dijo el poeta que era feliz quien podía conocer la causa de las cosas.

Pero así como aprovechamos los efectos de los fenómenos físicos sin más averiguación, así yo aproveché en Manila el resultado de mi fenómeno moral, sin meterme por entonces en inculcar su origen.

El caso fué, que ya por verme distante de mi patria, ya por libertarme de las incomodidades que me acarrearía el servicio en la tropa por ocho años, á que me sujetaba mi condena, ó ya por el famoso tratamiento que me daba el coronel, que sería lo más cierto, yo procuré corresponder á sus confianzas, y fuí en Manila un hombre de bien á toda prueba.

Cada día merecía al coronel más amor y más confianza, y tanta llegué á lograr, que yo era el que corría con todos sus intereses y los giraba según quería; pero supe darme tan buenas trazas que, lejos de disiparlos, como se debía esperar de mí, los aumenté considerablemente comerciando en cuanto podía con seguridad.

Mi coronel sabía mis industrias; más como veía que yo no aprovechaba nada para mí, y antes bien tenía sobre la mesa un libro que hice y titulé: *Cuaderno económico donde consta el estado de los haberes de mi amo*, se complacía en ello y cacareaba la honradez de su hijo. Así me llamaba este buen hombre.

Como los sujetos principales de Manila veían el trato que me daba el coronel, la confianza que hacía de mí y el cariño que me dispensaba, todos los que apreciaban su amistad me distinguían y estimaban en más que á un simple asistente, y este mismo aprecio que yo lograba entre las personas decentes era un freno que me contenía para no dar que decir en aquella ciudad. Tan cierto es que el amor propio bien ordenado no es un vicio, sino un principio de virtud.

Como mi vida fué arreglada en aquellos ocho años, no me acaecieron aventuras peligrosas ni que merezcan referirse. Ya os he dicho que el hombre de bien tiene pocas desgracias que contar. Sin embargo, pre-

sencié algunos lancecillos no comunes. Uno de ellos fué el siguiente:

Un año, que con ocasión de comercio habían pasado del puerto á la ciudad algunos extranjeros, iba por una calle un comerciante rico, pero negro. Debía de ser su negocio muy importante, porque iba demasiado violento y muy distraído y en su precipitada carrera no pudo excusarse de darle un encontrón á un oficial inglés que iba cortejando á una criollita principal; pero el encontrón ó atropellamiento fué tan recio, que á no sostenerlo la manileña va á dar al suelo mal de su grado. Con todo eso, del esquinazo que llevó se le cayó el sombrero y se le descompuso el peinado.

No fué bastante la vanidad del oficialito á resistir tamaña pesadumbre, sino que inmediatamente corrió hacia el negro, tirando de la espada. El pobre negro se sorprendió, porque no llevaba armas y quizá creyó que allí llegaba el término de sus días. La señorita y otros que acompañaban al oficial lo contuvieron, aunque él no cesaba de echar bravatas en las que mezclaba mil protestas de vindicar su honor ultrajado por un negro.

Tanto negroó y vilipendió al inculpable moreno, que éste le dijo en lengua inglesa:—Señor, callemos: mañana espero á usted para darle satisfacción con una pistola en el Parque.—El oficial contestó aceptando, y se serenó la cosa ó pareció serenarse.

Yo, que presencié el pasaje y medio entendía algo de inglés, como supe la hora y el lugar señalado para el duelo, tuve cuidado de estar puntual allí mismo por ver en qué paraban.

En efecto, al tiempo aplazado llegaron ambos, cada uno con un amigo que nombraba padrino. Luego que se reconocieron, el negro sacó dos pistolas y presentándoselas al oficial, le dijo:—Señor, yo ayer no traté de ofender el honor de usted; el atropellarlo fué una casualidad imprevista; usted se cansó de maltratarme,

y aún quería herirme ó matarme; yo no tenía armas con que defenderme de la fuerza en el instante del enojo de usted, y conociendo que el emplazarlo á un duelo sería el medio más pronto para detenerlo y dar lugar á que se serenara, lo verifiqué y vine ahora á darle satisfacción con una pistola, como le dije.

—Pues bien, dijo el inglés, depachemos; que aunque no me es lícito ni decente el medir mi valor con un negro, sin embargo, seguro de castigar á un villano osado, acepté el desafío. Reconozcamos las pistolas.

—Está bien, dijo el negro; pero sepa usted que el que ayer no trató de ofenderlo, tampoco ha venido hoy á este lugar con tal designio. El empeñarse un hombre de la clase de usted en morir ó quitar la vida á otro hombre por una bagatela semejante, me parece que, lejos de ser honor, es capricho, como lo es sin duda el tenerse por agraviado por una casualidad imprevista; pero si la satisfacción que he dado á usted no vale nada, y es preciso que sea muriendo ó matando, yo no quiero ser reo de un asesinato, ni exponerme á morir sin delito, como debe suceder si usted me acierta ó yo le acierto el tiro. Así, pues, sin rehusar el desafío, quede bien el más afortunado, y la suerte decida en favor del que tuviere justicia. Tome usted las pistolas: una de ellas está cargada con dos balas y la otra está vacía; barájelas usted, revuélvalas, deme la que quiera, partamos, y quede la ventaja por quien quedare.

El oficial se sorprendió con tal propuesta; los testigos decían que esto no era el orden de los duelos; que ambos debían reñir con armas iguales, y otras cosas que no convencían á nuestro negro, pues él insistía en que así debía verificarse el duelo, para tener el consuelo de que si mataba á su contrario, el cielo lo ordenaba ó lo favorecía para ello especialmente; y si moría no era por su culpa, sino por la disposición del

acaso, como pudiera en un naufragio. A esto añadía, que pues el partido no era ventajoso á nadie, pues ninguno de los dos sabía á quién le tocaría la pistola descargada, el rehusar tal propuesta no podía menos que deber atribuirse á cobardía.

No bien oyó esta palabra el ardiente joven, cuando, sin hacer aprecio de las reflexiones de los testigos, barajó las pistolas, y tomando la que le pareció dió la otra al negro.

Volviéronse ambos las espaldas, anduvieron un corto trecho, y dándose las caras al descubrir, disparó el oficial al negro, pero sin fruto, porque él se escogió la pistola vacía.

Se quedó aturdido en el lance creyendo con todos los testigos ser víctima indefensa de la cólera del negro; pero éste, con la mayor generosidad, le dijo:—Señor, los dos hemos quedado bien; el duelo se ha concluído; usted no ha podido hacer más que aceptarlo con las condiciones que puse, y yo tampoco pude hacer sino lo mismo. El tirar ó no tirar pende de mi arbitrio; pero si jamás quise ofender á usted ¿cómo he de querer ahora, viéndolo desarmado? Séamos amigos, si usted quiere darse por satisfecho; pero si no puede estarlo sino con mi sangre, tome la pistola con balas y diríjalas á mi pecho.

Diciendo esto, le presentó el arma horrible al oficial, quien, conmovido con semejante generosidad, tomó la pistola, la descargó en el aire, y arrojándose al negro con los brazos abiertos, lo estrechó en ellos diciéndole con la mayor ternura:—Sí, Mr., somos amigos y lo seremos eternamente; dispensad mi vanidad y mi locura. Nunca creí que los negros fueran capaces de tener almas tan grandes.—Es preocupación que aún tiene muchos sectarios, dijo el negro, quien abrazó al oficial con toda expresión.

Cuantos presenciamos el lance nos interesamos en que se confirmara aquella nueva amistad, y yo, que

era el menos conocido de ellos, no tuve embarazo en ofrecerme por amigo, suplicándoles me recibieran en tercio, y aceptaran el agasajo que quería hacerles, llevándolos á tomar un ponche ó una sangría en el café más inmediato.

Agradecieron todos mi obsequio, y fuimos al café, donde mandé poner un buen refresco. Tomamos alegremente lo que apetecimos, y yo, deseando oír producir al negro, les dije:—Señores, para mí fué un enigma la última expresión que usted dijo, de que jamás creyó que los negros fueran capaces de tener almas generosas, y la que usted contestó á ella diciendo, que era preocupación tal modo de pensar, y cierto que yo hasta hoy he pensado como mi capitán, y apreciara aprender de la boca de usted las razones fundamentales que tiene para asegurar que es preocupación tal pensamiento.

—Yo siento, dijo el prudente negro, verme comprometido entre el respeto y la gratitud. Ya sabe usted que toda conversación que incluya alguna comparación es odiosa. Para hablar á usted claramente es menester comparar, y entonces quizá se enojará mi buen amigo el señor oficial, y en tal caso me comprometo con él; si no satisfago el gusto de usted falto á la gratitud que debo á su amistad, y así....

—No, no, Mr., dijo el oficial; yo deseo, no solo complacer á usted y hacerle ver que si tengo preocupaciones no soy indócil, sino que aprecio salir de cuantas pueda; y también quiero que estos señores tengan el gusto que quieren de oír hablar á usted sobre el asunto, y mucho más me congratulo de que haya entre usted y yo un tercero en discordia que ventile por mí esta cuestión.

—Pues siendo así, dijo el negro, dirigiéndome la palabra, sepa usted que el pensar que un negro es menos que un blanco generalmente es una preocupación opuesta á los principios de la razón, á la humanidad y á la

virtud moral. Prescindo ahora de que si está admitida por algunas religiones particulares, ó si la sostiene el comercio, la ambición, la vanidad ó el despotismo.

Pero yo quiero que de ustedes, el que se halle más surtido de razones contrarias á esta proposición, me arguya y me convenza si pudiere.

Sé y he leído algo de lo mucho que en este siglo han escrito plumas sabias y sensibles en favor de mi opinión; pero sé también que estas doctrinas se han quedado en meras teorías, porque en la práctica yo no hallo diferencia entre lo que hacían con los negros los europeos en el siglo XVII y lo que hacen hoy. Entonces la codicia acercaba á las playas de mis paisanos sus embarcaciones, que llenaban de éstos, ó por intereses ó por fuerza; las hacían vomitar en sus puertos y traficaban indignamente con la sangre humana.

En la navegación ¿cuál era el trato que nos daban? El más soez é inhumano. Yo no quiero citar á ustedes historias que han escrito vuestros compatriotas, guiados de la verdad, porque supongo que las sabréis, y también por no estremecer vuestra sensibilidad; porque ¿quién oirá sin dolor que en cierta ocasión, porque lloraba en el navío el hijo de una negra infeliz y con su inocente llanto quitaba el sueño al capitán, éste mandó que arrojaran al mar á aquella criatura desgraciada, como se verificó con escándalo de la naturaleza?

Si era en el servicio que hacían mis paisanos y vuestros semejantes á los señores que los compraban, ¿qué pasaje tenían? Nada más cruel. Dígalo la isla de Haití, que hoy llaman Santo Domingo; dígalo la de Cuba ó la Habana, donde con una calesa ó una golosina con que habilitaban á los esclavos, los obligaban á tributar á los amos un tanto diario fijamente, como en rédito del dinero que se había dado por ellos. Y si los negros no lograban fletes suficientes ¿qué sufrían?

Azotes. Y las negras, ¿qué hacían cuando no podían vender sus golosinas? Prostituirse. ¡Cuevas de la Habana! ¡Paseos de Guanabacoa! hablad por mí.

¿Y si aquellas negras resultaban con el fruto de su lubricidad ó necesidad en las casas de sus amos, ¿qué se hacía? Nada; recibir con gusto el resultado del crimen, como que de él se aprovechaban los amos en otro esclavito más.

Lo peor es que, para el caso, lo mismo que en la Habana se hacía á proporción en todas partes, y yo en el día no advierto diferencia en la materia entre aquel siglo y el presente. Crueldades, desacatos é injurias contra la humanidad se cometieron entonces, é injurias, desacatos y crueldades se cometen hoy contra la misma, bajo iguales pretextos.

«La humanidad, dice el célebre Buffón, grita contra estos odiosos tratamientos que ha introducido la codicia, y que acaso renovarían todos los días, si nuestras leyes, poniendo freno á la brutalidad de los amos, no hubieran cuidado de hacer algo menor la miseria de sus esclavos; se les hace trabajar mucho y se les da de comer poco, aun de los alimentos más ordinarios, dando por motivo que los negros toleran fácilmente el hambre, que con la porción que necesita un europeo para una comida tienen ellos bastante para tres días, y que por poco que coman y duerman están siempre igualmente robustos y con iguales fuerzas para el trabajo. ¿Pero cómo unos hombres que tengan algún resto de sentimiento de humanidad pueden adoptar tan crueles máximas, erigirlas en preocupaciones y pretender justificar con ellas los horribles excesos á que la sed del oro los conduce? Dejémonos de tan bárbaros hombres...»

Es verdad que los gobiernos cultos han repugnado este ilícito y descarado comercio, y sin lisonjear á España, el suyo ha sido de los más opuestos. Usted, me dijo el negro, usted como español sabrá muy bien las

restricciones que sus reyes han puesto en este tráfico, y sabrá las ordenanzas que sobre el tratamiento de esclavos mandó observar Carlos III; pero todo esto no ha bastado á que se sobresea en un comercio tan impuro. No me admiro; este es uno de los gajes de la codicia. ¿Qué no hará el hombre, qué crimen no cometerá cuando trata de satisfacer esta pasión? Lo que me admira y me escandaliza es ver estos comercios tolerados y estos malos tratamientos consentidos en aquellas naciones donde dicen reina la religión de la paz, y en aquellas en que se recomienda el amor del semejante como el propio del individuo. Yo deseo, señores, que me decifréis este enigma. ¿Cómo cumpliré bien los preceptos de aquella religión que me obliga á amar al prójimo como á mí mismo y á no hacer á nadie el daño que repugno, comprando por un vil interés á un pobre negro, haciéndolo esclavo de servicio, obligándolo á tributarme á fuer de un amo tirano, descuidándome de su felicidad y acaso de su subsistencia, y tratándolo á veces, quizá poco menos que bestia? Yo no sé, repito, cómo cumpliré en medio de estas iniquidades con aquellas santas obligaciones. Si ustedes saben cómo se concierta todo esto, os agradeceré me lo enseñéis, por si algún día se me antojare ser cristiano y comprar negros como si fueran caballos. Lo peor es que sé por datos ciertos que hablar con esta claridad no se suele permitir á los cristianos, por razones que llaman de Estado ó que sé yo: lo cierto es que si esto fuere así jamás me aficionaré á tal religión; pero creo que son calumnias de los que no la apetecen.

Sentado esto, he de concluir con que el maltrato, el rigor y desprecio con que se han visto y se ven los negros, no reconoce otro origen que la alternería de los blancos, y ésta consiste en creerlos inferiores por su naturaleza, lo que, como dije, es una vieja é irracional preocupación.

Todos vosotros, los europeos, no reconocéis sino un

hombre, principio y origen de los demás, á lo menos los cristianos no reconocen otro progenitor que Adán, del que, como de un árbol robusto, descienden ó se derivan todas las generaciones del universo. Si esto es así, y lo creén y confiesan de buena fe, es preciso argüirles de necios cuando hacen distinción de las generaciones sólo porque se diferencian en colores, cuando esta variedad es efecto ó del clima ó de los alimentos, ó si queréis, de alguna propiedad que la sangre ha adquirido y ha transmitido á tal y tal posteridad por herencia. Cuando leéis que los negros desprecian á los blancos por serlo, no dudáis de tenerlos por unos necios; pero jamás os juzgáis con igual severidad cuando pensáis de la misma manera que ellos.

Si el tener á los negros en menos es por sus costumbres, que llamáis bárbaras, por su educación bozal y por su ninguna civilización europea, deberíais advertir que á cada nación le parecen bárbaras é inciviles las costumbres ajenas. Un fino europeo será en el Senegal, en el Congo, Cabo Verde, etc., un bárbaro, pues ignorará aquellos ritos religiosos, aquellas leyes civiles, aquellas costumbres provinciales, y por fin, aquellos idiomas. Transportad con el entendimiento á un sabio cortesano de París en medio de tales países, y lo veréis hecho un tronco, que apenas podrá á costa de mil señas dar á entender que tiene hambre. Luego si cada religión tiene sus ritos, cada nación sus leyes y cada provincia sus costumbres, es un error crasísimo el calificar de necios y salvajes á cuantos no coinciden con nuestro modo de pensar, aun cuando éste sea el más ajustado á la naturaleza; pues si los demás ignoran estos requisitos por una ignorancia inculpa- ble, no se les debe atribuir á delito.

Yo entiendo que el fondo del hombre está sembrado por igual de las semillas del vicio y de la virtud; su corazón es el terreno oportunamente dispuesto á que fructifique uno ú otra, según su inclinación ó su edu-

cación. En aquélla influye el clima, los alimentos y la organización particular del individuo, y en ésta la religión, el gobierno, los usos patrios y el más ó menos cuidado de los padres. Luego nada hay que extrañar que varíen tanto las naciones en sus costumbres, cuando son tan diversos sus climas, ritos, usos y gobiernos.

Por consiguiente, es un error calificar de bárbaros á los individuos de aquella ó aquellas naciones ó pueblos que no suscriben á nuestros usos, ó porque los ignoran, ó porque no los quieren admitir. Las costumbres más sagradas de una nación son tenidas por abusos en otras; y aun los pueblos más cultos y civilizados de la Europa, con el transcurso de los tiempos, han desechado como ineptias mil envejecidas costumbres que veneraban como dogmas civiles.

De lo dicho se debe deducir, que despreciar á los negros por su color y por la diferencia de religión y costumbres es un error; el maltratarlos por ello, crueldad, y el persuadirse á que no sean capaces de tener almas grandes que sepan cultivar las virtudes morales, es una preocupación demasiado crasa, como dije al señor oficial, y preocupación de que os tiene harto desengañados la experiencia, pues entre vosotros han florecido negros sabios, negros valientes, justos, desinteresados, sensibles, agradecidos, y aun héroes admirables.

Calló el negro, y nosotros, no teniendo qué responder, llamamos también, hasta que el oficial dijo:

—Yo estoy convencido de estas verdades, más por el ejemplo de usted que por sus razones, y creo desde hoy que los negros son tan hombres como los blancos, susceptibles de vicios y virtudes como nosotros y sin más distintivo accidental que el color, por el cual solamente no se debe en justicia calificar el interior del animal que piensa, ni menos apreciarlo ó abatirlo.

Iba á interrumpirse la tertulia, cuando yo, que de-

seaba escuchar al negro todavía, llené los vasos, hice que brindáramos á la salud de nuestros semejantes los negros, y después de tan agradable ceremonia dije al nuestro:

—Mr., es cierto que todos los hombres descendemos, después de la primera causa, de un principio creado, llámese Adán ó como usted quiera; es igualmente cierto que, según este natural principio, estamos todos ligados íntimamente con cierto parentesco ó conexión innegable; de modo que el emperador de Alemania, aunque no quiera, es pariente del más vil ladrón, y el rey de Francia lo es del último trapero de mi tierra, por más que no se conozcan ni lo crean; ello es que todos los hombres somos deudos los unos de los otros, pues que en todos circula la sangre de nuestro progenitor, y conforme á esto, es una preocupación, como usted dice, ó una quijotería, el despreciar al negro por negro; una crueldad venderlo y comprarlo y una tiranía indisimulable el maltratarlo.

Yo convengo en esto de buena gana, pues semejante trato es repugnante al hombre racional; más limitando lo que usted llama desprecio á cierto aire de señoría con que el rey mira á sus vasallos, el jefe á sus subalternos, el prelado á sus súbditos, el amo á sus criados y el noble á los plebeyos, me parece que esto está muy bien puesto en el orden económico del mundo; porque si todos somos hijos de un padre y componemos una misma familia, nos tratamos de un mismo modo, seguramente perdidas las ideas de sumisión, inferioridad y obediencia, el universo sería un caos en el que todos quisieran ser superiores, todos reyes, jueces, nobles y magistrados; y entonces ¿quién obedecería? ¿quién daría las leyes? ¿quién contendría al perverso con el temor del castigo? ¿y quién pondría á cubierto la seguridad individual del ciudadano? Todo se confundiría, y las voces de igualdad y libertad fueran si-

nónimas de la anarquía y del desenfreno de todas las pasiones. Cada hombre se juzgara libre para erigirse en superior de los demás; la natural soberbia calificaría de justas las atrocidades de cada uno, y en este caso nadie se reconocería sujeto á ninguna religión, sometido á ningún gobierno, ni dependiente de ninguna ley, pues todos querrían ser legisladores y pontífices universales; y ya ve usted que en esta triste hipótesis todos serían asesinatos, robos, estupro, sacrilegios y crímenes.

Pero por dicha nuestra, el hombre, viendo desde los principios que tal estado de libertad brutal le era demasiado nociva, se sujetó por gusto y no por fuerza, admitió religiones y gobiernos, juró sus leyes é inclinó su cerviz bajo el yugo de los reyes ó de los jefes de las repúblicas.

De esta sujeción dictada por un egoísmo bien ordenado nacieron las diferencias de superiores é inferiores que advertimos en todas las clases del Estado, y en virtud de la justificación de esta alternativa, no me parece violento que los amos traten á sus criados con autoridad, ni que éstos los reconozcan con sumisión, y siendo los negros esclavos unos criados adquiridos con un particular derecho en virtud del dinero que costaron, es fácil concebir que deben vivir más sujetos y obedientes á sus amos, y que en éstos reside doble autoridad para mandarlos.

Callé, y me dijo el negro:—Español, yo no sé hablar con lisonja; usted me dispense si le incomoda mi sinceridad; pero ha dicho algunas verdades que yo no he negado, y de ellas quiero deducir una conclusión que jamás concederé.

Es inconcuso que el orden jerárquico está bien establecido en el mundo, y entre los negros y los que llamáis salvajes hay alguna especie de sociedad, la cual, aun cuando esté sembrada de mil errores, lo mismo que sus religiones, prueba que en aquel estado de bar-

barie tienen aquellos hombres alguna idea de la Divinidad y de la necesidad de vivir dependientes, que es lo que vosotros los europeos llamáis vivir en sociedad.

Según esto, es preciso que reconozcan superiores y se sujeten á algunas leyes. La naturaleza y la fortuna misma dictan cierta clase de subordinaciones á los unos y confieren cierta autoridad á los otros; y así, ¿en qué nación, por bárbara que sea, no se reconoce el padre autorizado para mandar al hijo, y éste constituido en la obligación de obedecerlo? Yo no he oído decir de una sola que esté excluída de estos innatos sentimientos.

Los mismos tiene el hombre respecto de su mujer y ésta de su marido; el amo respecto de su criado; el señor respecto de sus vasallos, éstos de aquellos, y así de todos.

¿Y en qué nación ó pueblo, de los que llaman salvajes, vuelvo á decir, dejarán los hombres de estar ligados entre sí con algunas de estas conexiones? En ninguno, porque en todos hay hombres y mujeres, hijos y padres, viejos y mozos. Luego pensar que hay algún pueblo en el mundo donde los hombres vivan en una absoluta independencia y disfruten una libertad tan brutal que cada uno obre según su antojo, sin el más mínimo respeto ni subordinación á otro hombre, es pensar una quimera, pues no sólo no ha habido tal nación, mientan como quieran los viajeros, pero ni la pudiera haber, porque el hombre siempre soberbio, no aspiraría sino á satisfacer sus pasiones á toda costa, y cada uno queriendo hacer lo mismo, se querría erigir en un tirano de los demás, y de este tumultuoso desorden se seguiría sin falta la ruina de sus individuos. Hasta aquí vamos de acuerdo usted y yo.

Tampoco me parece fuera de la razón que los amos y toda clase de superiores se manejen con alguna circunspección con sus súbditos. Esto está en el orden,

pues si todos se trataran con una misma igualdad, éstos perderían el respeto á aquellos, á cuya pérdida seguiría la insubordinación, á ésta el insulto y á éste el trastorno general de los Estados.

Mas no puede coincidir con que esta cierta gravedad, ó seriedad pase en los superiores á ser ceño, orgullo y altivez. Estoy seguro que así como con lo primero se harán amables, con lo segundo se harán aborrecibles.

Es una preocupación pensar que la gravedad se opone á la afabilidad, cuando ambas cosas cooperan á hacer amable y respetable al superior. Cosa ridícula sería que éste se expusiera á que le faltaran al debido respeto los inferiores, haciéndose con ellos uno mismo; pero también es cosa abominable el tratar á un superior que á todas horas ve al súbdito erguido el cuello rezongando escasísimas palabras, encapotando los ojos, y arrugando las narices como perro dogo. Esto, lejos de ser virtud, es vicio; no es gravedad sino quijotería. Nadie compra más baratos los corazones de los hombres que los superiores, y tanto menos les cuestan, cuanto más elevado es el grado de superioridad. Una mirada apacible, una respuesta suave, un tratamiento cortés, cuesta poco y vale mucho para captarse una voluntad; pero por desgracia la afabilidad apenas se conoce entre los grandes. La usan, si; mas la usan con los que han menester, no con los que los han menester á ellos.

Yo he viajado por algunas provincia de la Europa y en todas he observado este proceder, no sólo en los grandes superiores, sino en cualquier rico... ¿qué digo rico? Un atrapalmejas, un empleado en una oficina, un mayordomo de casa grande, un cajerillo, un cualquiera que disfrute tal cual protección del amo ó jefe principal, ya se maneja con el que lo va á ocupar por fuerza, con más orgullo y grosería que acaso el mismo en cuyo favor apoya su soberbia. ¡Infelices! no